

Ya que el mundo pagano iba a agarrarse a los faldones del traje de un judío para adoptar un culto que le excluía y le injuriaba, es comprensible que la victoria de Israel había de ser obra únicamente de aquel que, como Jesús, siguiera el Gran Anónimo haciendo lo contrario que Nehemías. Pero en la historia de una gran revolución hay que contar siempre con los conservadores: sin éstos nada hay sólido.

Cualquier vejación de los pietistas se ejecutaba en nombre de Persia, es decir, en nombre de una autoridad de la que hablaban por otra parte lo peor posible; práctica muy propia de los clericales. Nehemías dio el primer ejemplo de la vigilancia recíproca, del espionaje devoto, y de otras costumbres feas que no siempre ha perdido el cristianismo, en sus partes fanáticas. Este contemporáneo de Pericles fue el primer jesuita, el jesuita más peligroso. Platón, que nunca oyó hablar de él, ha trazado su retrato en el *Eutydemo*, si es que este diálogo es de Platón. Eutydemo no es un sacerdote, sino un laico fanático, y Nehemías tampoco era sacerdote. Esdras seguía la tradición ficticia que acerca de él se formó, no fue más que un *sofer*. Los sacerdotes, sobre todo la familia pontifical, formaban parte de la aristocracia. Aficionada ésta a los casamientos ricos, sus individuos eran los más inclinados a emparentar con aquellas familias poderosas, jehovahistas a la antigua usanza que tenían su centro en Samaria. Entre los judíos, igual que entre los protestantes, el fanatismo procede de los laicos. Las reformas rigurosas son impuestas a los sacerdotes, que obedecen dócilmente a la férula de los laicos fanáticos. No se cita el nombre de un *cohen* judío que fuera reformador, pero su blandura facilitó todas las reformas. Nada más peligroso en cierto sentido que el sacerdote epi-

cúreo o distraído. Para conservar su reposo, permite todos los fanatismos.

En varias ocasiones hemos dicho que las diversas leyes llamadas mosaicas nunca fueron leyes reales en los antiguos reinos de Israel y Judá. Bajo la dominación persa, empezaron a aplicarse a Judea por la autoridad gubernamental. Nehemías nos da el primer ejemplo. Pero todo esto era intermitente. La *Thora* no se aplicará con apoyo del poder civil hasta el tiempo de los Asmoseos, dentro de doscientos cincuenta años. Hasta entonces, la observación de la *Thora* no tiene más sanción que la convicción personal y una opinión pública extraordinariamente severa. El *peha* persa no se ponía al servicio de la ley teocrática, aunque sus administrados la observaban como ley moral y se sujetaban a ella en las materias mixtas. De esto se derivaban molestias terribles, penalidades a veces atroces, y para evitarlas muchos judíos se repatriaban.

Es considerable el parecido de estos judíos antiguos con los musulmanes. En ambas partes son incapaces de discernir entre la sociedad religiosa y la civil; intolerantes, están afectados de aspecto austero, que necesariamente había de degenerar en hipocresía. Las mujeres (como entre los musulmanes) en nada intervenían. Volvieron pocas de Babilonia, y las medidas odiosas provocadas por los fanáticos tuvieron que crear terribles odios femeninos contra el pietismo nuevo. Las religiones semíticas, del tipo del judaísmo y el islamismo, son exclusivamente religiones de hombres. En el siglo V, las mujeres asisten a las panegirias religiosas, pero no saben escribir. Ni una sola página de mujer aparece en aquel tiempo. En cambio se conservaban celosamente, si no con exactitud, las genealogías por la parte masculina. Aquellos judíos transformados por toda clase de proselitismos, aventuras y selecciones, no eran en el fondo más que patriotas convertidos en beatos e intolerantes, como los devotos musulmanes actuales no son más que árabes que han conservado de su carácter la parte rigorista y mezquina.

El beato se introducía en el mundo. El jehovahísta es humilde, dulce y resignado. El hombre profano le parece un orgulloso, un atrevido, simplemente porque no tiene el mismo aspecto gazmoño que él. Empezaba la guerra entre el devoto y el mundano. En Grecia crecía libremente el tipo del hombre sin prejuicios. El lujo, la riqueza, la aristocracia, la libertad naciente del espíritu producían hombres elegantes, generalmente parásitos de los grandes, que veían la vanidad de las creencias religiosas, y eran incapaces todavía de ver la verdad superior de la moral. Chipre, Fenicia, Libia, el mismo Egipto tenían hombres de esta clase, aficionados al placer, libres del fanatismo, muy buscados por los reyes. Creso estaba rodeado por un personal de este tipo. Aristipo de Cirene, que afectaba no creer más que en el goce, era, sin religión alguna, un perfecto caballero. Pisistrato, Solón, los siete sabios de Grecia, presentaban tipos de humanidad muy superiores, porque el amor a la verdad se juntaba en ellos a la elegancia, frecuentemente un poco superficial, de un *dandysmo* naciente. Israel contaba con muchos descreídos de esta especie, que se reían de las añejas devociones ingenuas con la desenvoltura de un hombre de mundo. Entre ellos y los santos había una guerra a muerte. Las mujeres, generalmente, eran partidarias de aquéllos y se

burlaban de los devotos. Los pietistas decían que para castigarlas por ser demasiado ingeniosas, Jehová no les daría hijos.

Los períodos de luchas religiosas no desagradan a los hombres piadosos. El principal defecto de los judíos es la afición a molestarse unos a otros; se pasan la viña riñendo y reconciliándose. Una revelación, con que creen estar seguros de tener razón, es el mejor pretexto para el odio. La Ley, abominable para los libertinos, daba el descanso perfecto a quienes la abrazaban cordialmente. Se gozaban alegrías infinitas, sobre todo la de ver la vergüenza y las desdichas de sus contrincantes. El judío de estricta observancia disfrutaba el placer que más agrada al hombre: el de odiar al que profesa otra opinión. Era pobre, pero feliz. Nada proporciona más dicha que una regla, una vida disciplinada.

Por la riqueza, la consideración y muchos hijos (constante preocupación de aquel tiempo), eran recompensados los justos. Al incrédulo casi se le reconvenía por existir. Los malos no tendrían más que desgracias, de forma que hay que preguntarse si en un mundo donde ocurrieran las cosas como pretende el salmista, podía haber alguien bastante estúpido para ser malo. Gentes tan avisadas como los judíos, sobre todo lo que es provechoso, y tan seguros de que la virtud es el mejor empleo de la vida, debieran ser por fuerza todas virtuosas.